

ASAMBLEA FAMILIAR CRISTIANA

Octubre Misionero Claretiano 2012: MISIONEROS DE LA FE

• **SIGNOS PARA PRESIDIR LA ASAMBLEA:** Biblia y un cuenco con semillas.

• **SALUDO DEL DUEÑO DE LA CASA:** Bienvenidos un curso más a mi casa, hace (nº de años que se están reuniendo) que nos reunimos como parroquia en las casas, pequeñas iglesias domésticas, conociendo y agradeciendo todo lo bueno que el Señor nos da. Jesús prometió que estaría en medio de nosotros cuando nos reuniéramos en su nombre, eso nos garantiza que Él nos dará a cada uno luz y fortaleza para caminar como cristianos este curso.

Hemos colocado como signos para esta reunión, La Palabra que es, como dice el salmo "luz para mis pasos" y unas semillas que como nuestra fe, crecen cuando se siembran. Que el Señor bendiga esta asamblea

• **ORACION:**

SEÑOR JESÚS, que has dicho: "Donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos", quédate entre nosotros que nos esforzamos por estar unidos en tu AMOR en esta comunidad parroquial.

Ayúdanos a tener siempre un solo corazón y una sola alma, compartiendo alegrías y dolores, cuidando especialmente a los enfermos, los ancianos, los que están solos, los necesitados.

Haz que cada uno de nosotros se comprometa a ser "evangelio Vivo", donde los alejados, los indiferentes, los pequeños, descubran el Amor de Dios y la belleza de la vida cristiana.

Concédenos el valor y la humildad de perdonar siempre, de salir al encuentro de quien pensara alejarse de nosotros, de poner de relieve lo mucho que nos une, no lo poco que nos separa.

Danos unos ojos nuevos para ver tu rostro en cada persona que encontremos y en cada cruz que se nos presente.

Concédenos un corazón fiel y abierto, que vibre a cada toque de tu Palabra y de tu Gracia. Inspíranos siempre confianza y fortaleza para no desanimarnos por los fallos, las debilidades o las ingratitudes de los hombres.

Haz que nuestra Parroquia sea, de verdad, una Familia en la que cada uno se esfuerce en comprender, perdonar, ayudar, compartir; donde la única Ley, que nos une y nos hace ser verdaderos discípulos tuyos, sea el amor recíproco. Amén.

• **PRESENTACIÓN:** Comenzamos un curso más la Asamblea Familiar Cristiana, en Octubre, mes del Domund, de la patrona de las misiones Teresa de Lisieux, y de San Antonio M^a Claret que vivió en la Iglesia como misionero de la Palabra. Celebramos el año de la fe y el Sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización, que será un impulso para la misión de nuestra parroquia claretiana, cuya razón de ser es evangelizar.

La evangelización no es una invitación para que el otro aprenda mi creencia porque ella es única y perfecta, sino que es la demostración del deseo de que muchas personas se sumen en el camino en que nos encontramos todos como seres humanos, donde necesitamos aprender a amar juntos, en comunidad.

• **LECTURA DEL EVANGELIO (Mc 16,15ss)**

“En aquel tiempo se apareció Jesús a los Once y les dijo: Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará; el que se resista a creer, será condenado. A los que crean les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y si beben un veneno mortal no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos”.

Hacia el año 9 antes de Cristo, los pueblos de la provincia romana de Asia tomaron la decisión de cambiar el calendario. En adelante la historia de la humanidad no se contaría a partir de la fundación de Roma, sino a partir del nacimiento del emperador Augusto. La razón era de peso. Él había sido “Buena Noticia” (*euangelion*) para todos, pues había traído la paz introduciendo en el mundo un orden nuevo. Augusto era el gran “bienhechor” y “salvador”.

Los cristianos comenzaron a proclamar un mensaje muy diferente: “La Buena Noticia no es Augusto, sino Jesús”. Por eso el evangelista Marcos tituló así su evangelio: “Buena Noticia de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios”. Y por eso, en su evangelio, el mandato final del resucitado es éste: “Id al mundo entero y proclamad la Buena Noticia a toda la creación”. “Buena noticia” es algo que, en medio de tantas experiencias malas, trae a la gente una esperanza nueva. Las “buenas noticias” aportan luz, despiertan la alegría, dan un sentido nuevo a todo, animan a vivir de manera más abierta y fraterna. Todo esto y más es Jesús, pero, ¿cómo proclamarlo hoy como Buena Noticia?

El Evangelio no ha de quedar en el interior del pequeño grupo de sus discípulos. Han de salir y desplazarse para alcanzar el mundo entero y llevar la Buena Noticia a todas las gentes, a toda la creación.

Estas palabras serían escuchadas con entusiasmo cuando los cristianos estaban en plena expansión y sus comunidades se multiplicaban por el Imperio romano, pero ¿cómo

escucharlas hoy cuando nos vemos impotentes para retener a quienes abandonan nuestras iglesias porque no sienten ya necesidad de nuestra religión?

Lo primero es vivir desde la confianza absoluta en la acción de Dios. Nos lo ha enseñado Jesús. Dios sigue trabajando con amor infinito el corazón y la conciencia de todos sus hijos e hijas, aunque nosotros los consideramos “ovejas perdidas”. Dios no está bloqueado por ninguna crisis.

No está esperando a que desde la Iglesia pongamos en marcha nuestros planes de restauración o nuestros proyectos de innovación. Él sigue actuando en la Iglesia y fuera de la Iglesia. Nadie vive abandonado por Dios, aunque no haya oído nunca hablar del evangelio de Jesús.

Pero todo esto no nos dispensa de nuestra responsabilidad. Hemos de empezar a hacernos nuevas preguntas: ¿por qué caminos anda buscando Dios a los hombres y mujeres de la cultura moderna? ¿Cómo quiere hacer presente al hombre y a la mujer de nuestros días la Buena Noticia de Jesús?

Hemos de preguntarnos todavía algo más: ¿qué llamadas nos está haciendo Dios para transformar nuestra forma tradicional de pensar, expresar, celebrar y encarnar la fe cristiana de manera que propiciemos la acción de Dios en el interior de la cultura moderna? ¿No corremos el riesgo de convertirnos, con nuestra inercia e inmovilismo, en freno y obstáculo cultural para que el evangelio se encarne en la sociedad contemporánea?

No es difícil entender por qué la gente de Galilea siente a Jesús como “Buena Noticia”. Lo que él dice les hace bien: les quita el miedo a Dios, les hace sentir su misericordia, les ayuda a vivir comprendidos y perdonados por él: es compasivo y cercano, acoge a los más olvidados, abraza a los más pequeños, bendice a los enfermos, se fija en los últimos. Toda su actuación introduce en la vida de las personas algo bueno: salud, perdón, verdad, fuerza interior y esperanza.

El evangelio de Mateo termina poniendo en labios de Jesús una promesa destinada a alimentar para siempre la fe de sus seguidores: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Jesús seguirá vivo en medio del mundo. Su movimiento no se extinguirá. Siempre habrá creyentes que actualicen su vida y su mensaje. Marcos nos dice que, después de la Ascensión de Jesús, los apóstoles “proclamaban el evangelio por todos partes y el Señor actuaba con ellos”.

Esta fe nos lleva a confiar también hoy en la Iglesia: con retrasos y resistencias tal vez, con errores y debilidades, siempre seguirá buscando ser fiel al evangelio. Nos lleva también a confiar en el mundo y en el ser humano: por caminos no siempre claros ni fáciles el Reino de Dios seguirá creciendo.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO:

- ¿Qué buenas noticias crees que necesitamos escuchar?
- ¿Por qué crees que hoy tantos bautizados abandonan la Iglesia?
- ¿Cómo crees que actúa hoy el Señor en la Evangelización?

ACLARACIÓN

1. Hoy hay más hambre y violencia en el mundo, pero hay también más conciencia para hacerlo más humano. Hay muchos que no creen en religión alguna, pero creen en una vida más justa y digna para todos, que es, en definitiva, el gran deseo de Dios. Esta confianza puede darle un tono diferente a nuestra manera de mirar el mundo y el futuro de la Iglesia. Nos puede ayudar a vivir con paciencia y paz, sin caer en el fatalismo y sin desesperar del evangelio.

2. Hay Iglesias que parecen anunciar a un Dios, sin reino de justicia, verdad y fraternidad. Y hay humanismos que pretenden buscar este reino de humanidad realizada sin Dios.

Vivimos tiempos de crisis religiosa. Parece que la fe va quedando como ahogada en la conciencia de no pocas personas, reprimida por la cultura moderna y por el estilo de vida del hombre de hoy. Pero al mismo tiempo, es fácil observar que de nuevo se despierta en no pocos la búsqueda de sentido, el anhelo de una vida diferente, la necesidad de un Dios amigo. Nadie sabe cómo será la fe cristiana en el mundo nuevo que está emergiendo, pero difícilmente será una copia del pasado. El evangelio tiene fuerza para inaugurar un cristianismo nuevo. No es lo mismo exponer verdades cuyo contenido es teóricamente bueno para el mundo que hacer que la gente pueda experimentar a Jesús como algo “nuevo” y “bueno” en su propia vida.

3. Lo dicen todos los estudios. La religión está en crisis en las sociedades desarrolladas de occidente. Sin embargo, no podemos olvidar, que Dios no está en crisis. La crisis de lo religioso no puede impedir que Dios se siga ofreciendo a cada persona en el fondo misterioso de su conciencia. Toda persona que escucha la llamada del bien, del amor y de la justicia está acogiendo a Dios.

Hay muchas personas que lo ignoran casi todo de Dios. Solo conocen una caricatura de lo religioso. Nunca podrán sospechar “la alegría de creer”. Pero Dios está vivo y operante en lo más íntimo de su ser. Muchos acogen su invitación por caminos que no sospechamos.

• PROCLAMAD EL EVANGELIO (Mt 9,37ss)

Al ver Jesús a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: “la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad pues, al señor de la mies que mande trabajadores a su mies”. Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia.

Jesús vivía muy atento a las personas necesitadas que encontraba en su camino. Mira al paralítico de Cafarnaún, a los dos ciegos de Jericó o a la anciana encorvada por la enfermedad, y se le conmueven las entrañas. No es capaz de pasar de largo sin hacer algo por aliviar su sufrimiento.

Pero los evangelios nos lo presentan, además, fijando con frecuencia su mirada sobre las “muchedumbres”. Veía a las gentes con hambre o con toda clase de enfermedades y dolencias, y le sucedía siempre lo mismo: sentía compasión.

Había algo que le dolía de manera especial. Nos lo recuerda Mateo: “Al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor”. Ni los representantes de Roma ni los dirigentes religiosos de Jerusalén se preocupan de aquella gente de pueblo.

Esta compasión de Jesús no es un sentimiento pasajero. Es su manera de mirar a la gente y de vivir buscando su bien. Su forma de encarnar la misericordia de Dios. De esta compasión nace su decisión de llamar a los “doce apóstoles” para enviarlos a las “ovejas perdidas de Israel”.

Para ello, él mismo les da “autoridad”: no les regala un poder sagrado para que lo utilicen según su propia voluntad; ni un poder de gobernar al pueblo como los romanos, que “gobiernan a las naciones con su poder”. Es una “autoridad” orientada a hacer el bien, “expulsando espíritus malignos” y “curando toda enfermedad y dolencia”.

Por eso los discípulos han de predicar lo que predicaba Jesús, y no otra cosa: “el reino de Dios está cerca”; que la gente pueda escuchar esa noticia y entrar en el proyecto de Dios. Pero lo han de hacer poniendo salud, vida y liberación de lo demoníaco. Así lo indican las cuatro órdenes de Jesús: “curad enfermos”, “resucitad muertos”, “limpiad leprosos”, “arrojad demonios”.

El reino de Dios no es solo una salvación que comienza después de la muerte. Es una irrupción de gracia y de vida ya en nuestra existencia actual. El signo más claro de que el reino está cerca es precisamente esta corriente de vida que comienza a abrirse paso en la tierra... “Id y proclamad que el reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios”. Hoy más que nunca deberíamos escuchar los creyentes la invitación de Jesús a poner nueva vida en la sociedad.

Se está abriendo un abismo inquietante entre el progreso técnico y nuestro desarrollo espiritual. Se diría que el hombre no tiene fuerza espiritual para animar y dar sentido a su incesante progreso. Los resultados son palpables. A bastantes se les ve empobrecidos por su dinero y por las cosas que creen poseer. El cansancio de la vida y el aburrimiento se apoderan de muchos. La “contaminación interior” está ensuciando lo mejor de no pocas personas. Hay hombres y mujeres que viven perdidos, sin poder encontrar un sentido a su vida. Hay personas que viven corriendo, sumergidas en una nerviosa e intensa actividad, vaciándose por dentro, sin saber exactamente lo que quieren.

¿No estamos de nuevo ante hombres y mujeres “enfermos” que necesitan ser curados, “muertos” que necesitan resurrección, “poseídos” que esperan ser liberados de tantos demonios que les impiden vivir como seres humanos? Hay personas que, en el fondo, quieren volver a vivir. Quieren curarse y resucitar. Volver a reír y disfrutar de la vida, enfrentarse a cada día con alegría.

Y solo hay un camino: aprender a amar. Y aprender de nuevo cosas que exige el amor y que no están muy de moda: sencillez, acogida, amistad, solidaridad, atención gratuita al otro, fidelidad... Entre nosotros sigue faltando amor. Alguien lo tiene que despertar. A los hombres de hoy no los va a salvar ni el confort ni la electrónica, sino el amor. Si en nosotros hay capacidad de amar, la tenemos que contagiar. Se nos ha dado gratis y gratis lo tenemos que regalar de muchas maneras a quienes encontremos en nuestro camino.

• PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

- ¿Crees que representamos la “autoridad” de Jesús?
- ¿Se puede dar la evangelización sin compasión?
- ¿Crees que nos duelen las mismas cosas que a Jesús?

• ACLARACIÓN

1. La autoridad que hay en la Iglesia arranca y se basa en la compasión de Jesús por el pueblo. Está orientada a curar, aliviar el sufrimiento y hacer el bien. Es un regalo de Jesús. Los que la ejercen lo han de hacer “gratis”, pues la Iglesia es un regalo de Jesús a la gente.

Después de la petición que le hacen Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, Jesús los reúne para dejar claro cuál es la actitud que ha de caracterizar a sus seguidores. Todos conocen cómo actúan los romanos, “vosotros nada de eso”; la grandeza no se mide por el poder que se tiene, el rango que se ocupa o los títulos que se ostentan. Quien ambiciona estas cosas en la Iglesia de Jesús no se hace más grande, sino insignificante y ridículo. En realidad es un estorbo para promover el estilo de vida querido por el Crucificado. Le falta un rasgo básico para ser seguidor de Jesús: servir.

2. Hay que mirar como Jesús, los evangelistas repiten como era su mirada, no como la de los fariseos radicales, que solo veían en el pueblo impiedad, ignorancia de la ley e indiferencia religiosa. La mirada de Jesús estaba llena de cariño, respeto y amor." Al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor".

En la Iglesia de Jesús no necesitamos cosechadores. Lo nuestro no es cosechar éxitos, conquistar la calle, dominar la sociedad, llenar Iglesias, imponer nuestra fe religiosa. Lo que nos hace falta son sembradores. Seguidores y seguidoras de Jesús que siembren por donde pasan palabras de esperanza y gestos de compasión.

3. Nadie ha recibido de Jesús "autoridad" para condenar, sino para curar. No nos llama Jesús a juzgar el mundo, sino a sanar la vida. Nunca puso en marcha un movimiento para combatir, condenar y derrotar a sus adversarios. Pensaba en discípulos que miraran al mundo con ternura. Los quería ver dedicados a aliviar el sufrimiento e infundir esperanza; esta es nuestra herencia.

Escribe el P. Claret: *"Este es mi sueño dorado; tengo una santa emulación y casi envidia a los misioneros que tienen la dichosa suerte de poder ir de un pueblo a otro predicando el santo evangelio"* (Aut. 638)

• RECORDAMOS AL PADRE CLARET.

Vamos a terminar nuestro encuentro de hoy recordando a San Antonio María Claret. El día 24 celebramos su fiesta en la Eucaristía parroquial.

Claret tuvo una visión profética del mundo y de la Iglesia, de las necesidades urgentes de su tiempo, y como misionero procuró dar una respuesta adecuada con los medios más eficaces y suscitó esta misma visión y esta misma respuesta en los demás: seglares, religiosos y sacerdotes, animados de su mismo espíritu apostólico. Vivió la misión como continuación de la misión de Cristo; es para él una fuerza que le hace correr y gritar, que no le deja sosegar un momento; también la compara con el fuego: "un fuego tan ardiente, que no me deja estar quieto y tenía que correr y andar de una parte a otra predicando continuamente".

Para evangelizar al pueblo usó la cultura del pueblo: sencillez, claridad, comparaciones y semejanzas. La credibilidad de su predicación estaba avalada por la unción del espíritu, el celo de su caridad y la coherencia de su vida con el mensaje que proclamaba. La misión apostólica no es fruto de estudio, sino de una experiencia del Espíritu y de una lectura carismática del Evangelio, de una configuración personal con Jesucristo evangelizador. Es fruto de mucha oración en la búsqueda, y solo lo pudo realizar también con mucha oración y docilidad al Espíritu. Como misionero, se sentía poseído por el Espíritu, que lo había consagrado para evangelizar a los pobres y curar a los de corazón contrito (Aut. nn 685 y 118).

ORACIÓN

Vamos a concluir nuestra asamblea, con un momento de oración. Pedimos a Dios que nos ayude a ser misioneros de la Fe en nuestra vida de cada día.

Juntos invocamos al Padre con la oración que nos enseñó Jesús: PADRE NUESTRO...

Y terminamos rezando juntos:

Señor, Dios nuestro,
que elegiste a la siempre Virgen María
como Madre de tu hijo y Madre nuestra:
Haz que, por la fiel entrega a su Corazón materno,
nos configuremos más plenamente con Cristo
y, urgidos por su caridad,
nos dediquemos con mayor generosidad,
a proclamar el Evangelio a todos los hombres.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén

